

iba á ver el reino de Valencia, me entusiasma-  
ba, me enagenaba. No tiene nada de extraño.  
En ese espacio he pasado los días más felices  
de mi vida, los días de la siempre llorada in-  
fancia, los días risueños en que la imaginacion  
se parece á uno de esos floridos arbustos que  
atraen todas las mariposas del campo. ¡Oh!  
Voy á verte, tierra hermosa, decia yo, bañada  
por el celeste Mediterráneo; voy á ver á tus ar-  
royos coronados de adelfas, tus árboles carga-  
dos de frutos y de flores, tu cielo vagoroso co-  
mo el velo nupcial de una virgen, tus áticas  
higueras, tus africanas palmas, y voy á verte  
con toda la fé de mis primeros años, sin haber  
perdido en la córte el primitivo entusiasmo de  
mi alma. Pero esto será objeto de mi segunda  
carta. Adios. Suyo siempre.

28 de Julio de 1857.

## INAUGURACION

### DE LA CANALIZACION DEL EBRO

#### II

Sr. Director de *La Discusion*.—Mi querido  
amigo: Dí punto á mi anterior carta en el mo-  
mento mismo en que entraba en el delicioso  
reino de Valencia. Mi alma, en este instante, se  
abria sacudiendo el polvo de la córte, como una  
flor en el alba, para recibir las puras emana-  
ciones de la naturaleza, el rocío de los cam-  
pos, la frescura de la espesa enramada de va-  
rios matices teñida; y mis ojos como desper-  
tándose de largo sueño, se abisman en el tras-  
parente azul y claro cielo.

¡Qué tierra tan deliciosa, amigo mio, qué  
tierra tan dichosa! ¡Cómo se espacia el ánimo,  
contemplando la vida en que se agitan y mue-  
ven tantos séres! Mi alma no está en mí, no; mi

alma es una mariposa que vuela de flor en flor, que se baña en esos aromas, que matiza sus alas con los átomos desprendidos de esta portentosa vegetación. Y de tal suerte ama la naturaleza, que si le fuese posible vivir lejos de la pobre cárcel que la encierra, se quedaria aquí columpiándose, como el ruiseñor en una rama de mirto, ó dejándose arrastrar como las hojas de la zarza-rosa por las ondas del plácido arroyuelo.

No sé qué hay para mí de místico en la naturaleza. Acaso en el cáliz de esas flores, que las áuras rizan, se encierra el primer aliento del Creador; acaso ese cielo sereno de los campos, guarda el reflejo de la primer mirada del Eterno; acaso la miel que destilan esas frutas, es la esencia más pura del néctar de la vida; acaso por todo esto, el campo purifica la mente y nos da en sus armónicas palabras cánticos para levantarnos á las alturas y hablar con Dios; pero la verdad es, que delante de estos maravillosos espectáculos de la naturaleza, siento una paz dulce, santa, como si todas las contradicciones de mi sér se hubieran acabado, como si descansara en eterno y celestial reposo.

Usted me ha hablado muchas veces de la

especie de arrobamiento que sintió al pasar por vez primera desde Játiva á Valencia; y yo al mirar desde la estación del ferro-carril de San Felipe estos lujosísimos campos, que tienen tanto de orientales, comprendo y me explico el error de los pueblos, que nacidos en medio de esta vegetación, no se han levantado á buscar á Dios fuera de la naturaleza hasta que la voz de la revelación divina los ha llamado con su dulce reclamo al cielo.

Desde tal sitio me gozaba en ver el color de esmeralda de las hojas de las moreras, cuyas flexibles ramas dulcemente se columpian al soplo de las brisas; los naranjos y limoneros, vistosos, aromáticos, que con sus albas flores y sus dorados frutos prestan al paisaje un encanto indefinible; los granados ostentando sus flores carmesíes, que parecen teñidas en la purpúrea sangre de un dios mitológico; las islas flotantes formadas por las plantas del arroz, verdes lagos, que se rizan en suaves ondulaciones; los blancos caseríos, engarzados como nidos de palomas en el follaje; los cipreces, levantándose melancólicos como la oración de un alma entristecida al cielo; el olivo, cuyo sombrío verdor parece nube de tristeza entre esta verdura brillante, deslumbradora y clara;

la palmera que se destaca sobre todos esos árboles en el azul del firmamento inclinando sus gigantescas hojas á la tierra como para contarle los secretos de las nubes que rozan su aroma; cuadro delicioso que suspendia mi ánimo, el cual prestando oído al canto de las aves, al rumor de las brisas, al murmullo de los arroyos, al lejano eco de melancólica y dulce canción del labrador, al chirrido de las cigarras, dejaba volar mi pensamiento, que se perdía como una flor más en ese océano de vida, como una nota en ese hermoso concierto de dulces armonías.

Embebido estaba yo contemplando este cuadro, como si me hallase fuera de mí, cuando me anunciaron la hora de nuestra partida para Valencia, que verificamos en un *express* con toda la prosáica, pero grata comodidad que puede imaginarse. ¿No recuerda V. uno de los más hermosos cantares del Fausto? El doctor, poseído de la sed de sabiduría que le aqueja, vuela en el caballo Pegaso, despertando las antiguas generaciones de ideas que yacen dormidas en el polvo de los siglos. A su voz se despiertan los sacerdotes antiguos, los poetas, las musas, las nereidas, las ninfas, y todos estos seres le dirigen sus cánticos, le arrojan una perla, ó re-

crean su imaginación pronunciando las fórmulas de las civilizaciones, y gozándose en su nueva vida.

Pues bien, á este paso fantástico se parecía nuestro vuelo en alas del vapor. Pasaban á nuestros ojos rápidamente, jardines sembrados de flores, bosques de manzanos, de naranjos y granados; blancos caseríos, pueblos con sus campanarios rodeados de palomas; las baracas coronadas por la rústica cruz; alegres cuadros de familias sentadas á la sombra de un parral; los labradores encorvados bajo el peso de su trabajo, y apenas quedaba espacio para recoger en la retina tantos objetos, para despedirse de tantas y tan encantadoras impresiones. Ya se levantaba una isla de arroz rodeada de moreras, y apenas la habíamos visto, cuando se perdía en el espacio; pero en estos campos me gusta ver el artista, el hombre á la puerta de una barraca. Nada me complacia tanto, como el detenernos á ver alguna familia. La mujer arreglando canastos de flores y de frutas bajo una higuera; á su lado el valenciano con su ligero, pero blanco y limpio trage, descargando su borriquillo, que al vernos pasar huía espantado; alrededor algunos niños casi desnudos, tostados por el sol, chispeando

alegría de sus negros ojos, muy embebecidos y dados á jugar con naranjas, llenas las manos de frutas, que se acercaban á picar sigilosamente algunas gallinas; hermoso cuadro cuyo fondo formaban algunos bosques de un verdor inexplicable; verdor que se iba desvaneciendo, hasta convertirse en vaporosamente azul cuando se perdía en los últimos celajes del tranquilo horizonte. Cuando veo los campos, no comprendo que haya quien deteste la égloga. Acaso no hay poesía más real, ni más hermosa, ni más grande. Las descripciones que Teócrito y Virgilio nos han dejado del campo y sus delicias, las veo aquí vivas, animadas como las creaciones de esos divinos poetas. La égloga ha sido siempre el refugio de la libertad. La guadaña de la tiranía se rompe en los campos. Por eso escribieron églogas bajo el yugo de los reyes egipcios los poetas de Alejandría, y bajo el yugo de los emperadores romanos, los poetas del Lacio. Por huir de la corte de Avignon y de su corrompida atmósfera, escribió sus églogas Petrarca. Y nuestros romances pastoriles, que florecieron en los siglos décimo-sexto y décimo-septimo, no fueron más que grandes y hermosas protexas contra el absolutismo de la casa de Austria.

Aquí se encuentran almas ingenuas, que cuando ven llegar un viajero cansado, se interesan por él, le ofrecen descanso á la puerta de la cabaña y frutas para que apague su sed. Aquí se ve la ternura del alma y la fé religiosa en esos sencillos cuadros, que representan alguna idea mística y á los cuales vuelve siempre los ojos en todas sus penas y en todas sus alegrías la familia. Recuerdo que en mi niñez, cuando yo vivía en uno de los pueblos del reino de Valencia, al volver de la escuela ó de paseo, al acostarnos ó levantarnos, íbamos siempre á saludar á San Rafael, que se hallaba á la puerta de nuestra casa como el ángel que guardaba aquel paraiso. Así es, que al ver estos cuadros, y la luz ardiendo aún en la mitad del día, me acordaba de mi familia, de mi niñez, del sagrado hogar doméstico, tan santo como un templo, y ¿por qué no lo he de decir á V.? acordándome de todos estos objetos, dulces lágrimas asomaban á mis ojos. Despues de todo, lo confieso, la idea más arraigada en mi alma es la idea religiosa. Una cruz, la aguja de un campanario, una capilla de piedra, de esas que se levantan á la entrada de los pueblos, el eco de la campana de la oracion en la hora de crepúsculo, todo, todo me llama á orar, todo me

revela con sus encantos la verdad del sentimiento religioso que me enseñó mi madre. Pero veo que me voy olvidando de mi viaje.

Poco ántes de llegar á Valencia descubrimos la Albufera. Es un hermoso lago, que rielaba dulcemente la luz de la tarde en el instante en que yo le veía. Parece un pedazo de cielo caído en la tierra: tan azul es su tranquila superficie. Por fin, cada vez más encantado llegué á la estación del ferro-carril. Otra idea utilitaria, positiva, me asaltó al pisar el suelo y dar de mano á todas las consideraciones estéticas. Este suelo, decía yo para mí, es hermosísimo. El trabajo del hombre lo hermosea. Esta tierra quizás sea ingrata. Quizá en otro tiempo fueran estas mismas llanuras, hoy tan hermosas, blando lecho del mar. El trabajo, ese gran buril con que el labrador desbasta la naturaleza, ha convertido en un paraíso esta tierra. El trabajo puede devolver al hombre, en cuanto sea posible en el mundo, su pérdida primitiva naturaleza. Llegamos por fin á Valencia. La tradición ha unido á esta ciudad el nombre más popular de nuestra historia, el Cid. ¡Cómo la amaron los árabes! Hicieron una resistencia terrible y llegaron á comerse hasta los perros. Y cuando salieron con las manos amarradas á la espalda

y los piés descalzos, exhalaban en dulces poesías ayes, cuyo eco llega á nosotros al través de los siglos. ¿Qué mucho que aquí encontraran su eden? Si nosotros los católicos no buscáramos el paraíso en el cielo, creeríamos que se encuentra en estas deliciosas campiñas.

Al llegar á Valencia y bajar del tren nos aguardaban algunas tartanas, el carruaje clásico de Valencia, que nos condujeron á la fonda del Cid. Es imposible elogiar cómo se merece la actividad de la compañía de la canalización del Ebro. No perdonó medio para que tuviésemos la comodidad posible. Ya puede V. suponer que un día de viaje tan largo y caluroso nos debía tener molidos. Sin embargo, nuestra juventud no se desmayaba por tan poco. Llegar á la siete de la tarde á Valencia, salir á las once de la misma noche, era una heroicidad, y la arrostramos. Pero confieso que en nuestra heroicidad había mucho de egoísmo. Deseábamos mis compañeros de viaje y yo ver el mar, correr por sus riberas, entregarnos al plácido arrullo de sus olas, mecernos en ellas, respirar el húmedo aliento de sus brisas, hollar su verde superficie y ver la estela que deja la quilla en las aguas volar como las blancas gaviotas por sus horizontes; y ¿dónde podía-

mos conseguir mejor nuestro principal objeto que en San Carlos de la Rápita, hermoso puerto del hermosísimo y encantador Mediterráneo? Formamos, pues, ántes de comer, aunque á duras penas, una especie de sociedad para dejar á Valencia é ir á San Carlos. Comimos espléndidamente en la fonda. Aquellos succulentos manjares me convencieron de cuán erróneo es el refran que dice «en Valencia la carne es pescado y el pescado agua.» Apenas habíamos concluido de comer, nos sentamos en lo interior de la diligencia. Ibamos en él Arce, Vildósola, Anduaga y yo. Hicimos esfuerzos extraordinarios para ir en tan corto número, y merced á mil no muy caritativos medios, logramos nuestro objeto. Yo no pensé dormir en toda la noche. Me gusta en nuestros caminos oír el ruido de las campanillas y los gritos de los mayores, que prestan cierta animacion al viaje. Por fin amaneció. Yo creía que no volveríamos á ver tan deliciosos campos como los que habíamos dejado á nuestra espalda. Me engañé. ¡Qué huertas tan hermosas las de Castellon, Alcalá de Chisvert, Benicarló y Vinaroz! A los encantos de la vegetacion se une la vista del mar, sereno, rizado por el soplo de la brisa, reflejando como un espejo el cielo, y rom-

piendo de tal manera los rayos del sol, que parecia cuajado de hermosas estrellas. Los campos se aproximan tanto al mar, que parecen surgir como Citerea de sus olas.

La hermosa imaginacion de los pueblos meridionales ha puesto en cada uno de esos árboles una leyenda; ha hecho de ellos un símbolo. En el ciprés parece como que se anidan las almas de los que ya no son, cuando las llaman las oraciones de los vivos: el mirto es el melancólico árbol del sepulcro de los niños y de las vírgenes; y se cuenta de la higuera, que al huir María con su hijo Jesús de las persecuciones de Herodes, se ocultó bajo sus ramas, y por eso tan frondoso árbol da hasta tres veces fruto al año, y por eso los higos destilan dulce miel. Tambien tiene este país un respeto sumo á la golondrina, que le anuncia el florecimiento de sus árboles, la aproximacion de sus cosechas; á la golondrina, que presagia la anhelada lluvia, revoleteando en torno de sus barracas, y que se refugia casi siempre ó en la iglesia ó en la cúspide de los campanarios. Estos pueblos no pueden vivir sin poesia. Y sus cantares tienen mucho de dulce, de melancólico, de triste. Créalo V.: aquí en estos países tan hermosos, sin duda alguna es donde el hombre siente

más ese mal que ha engendrado el arte y que se llama la nostalgia del cielo. Pero nos vamos acercando á San Carlos de la Rápita, y esta carta debe acercarse también á su término. En las próximas hablaré de las fiestas y de las obras de canalización del Ebro. En el instante de que yo voy hablando, sólo me preocupan los reflejos del mar, tan puro como el cielo, tan hermoso como la imaginación de los poetas que han nacido en sus floridas orillas.

31 de Julio de 1857.

INAUGURACION  
DE LA CANALIZACION DEL EBRO

III

Sr. Director de *La Discusion*.—Mi querido amigo: Hemos llegado al término, si no de nuestro viaje, de nuestro deseo; ya estamos en San Carlos de la Rápita. Al dejar la diligencia nos encontramos en medio de la plaza bajo los ardorosos rayos de un sol de Julio; pero á decir verdad, no lo sentíamos, porque las húmedas brisas de mar besaban con amor nuestras abrasadas frentes, devolviéndonos el vigor de la vida, como el rocío de las azotadas plantas. Usted notará que hablo en plural, y voy á darle la razón de esto. No me he separado ni un instante de mis compañeros de viaje; hemos sentido el mismo alborozo, la misma melancolía, y no puedo apartar sus ideas de mis ideas,